¡O QUE APUROS!

ó

EL NOVIO

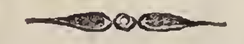
EN MANGAS DE CAMISA.

Pieza en un acto,

ARA REPRESENTARSE EN EL TEATRO DE ESTA CAPITAL.



CON LICENCIA.



BARCELONA:
IMPRENTA DE JOSÉ TORNER.
AÑO 1829.

PERSONAS.

D. BERNARDO BOLCAN, padre de Emilia *Sr. V. Aguado.*

EMILIA. *Sra. V. del Rey.*

El capitan FLORINDO. *Sr. N. Puchol.*

El teniente BULLOSA. *Sr. A. Valero.*

RODRIGUEZ. *Sr. J. Orgáz.*

RIGIDO, escribano. *Sr. M. Garcia.*

SANTOS, asistente de los dos oficiales. *Sr. M. Catalá.*

Una criada que no habla.

La escena pasa en una fonda de Madrid.

ACTO ÚNICO.

ESCENA I.

El teniente Bullosa, en mangas de camisa, y se dirige á una puerta de la derecha.

Bullosa. Por vida del dios Baco, patron de los taberneros! Las diez de la mañana, y no se siente un pájaro: bien que el dia está bueno para quedarse en la cama; que frio! Viva Madrid en enero! Voy á despertar al capitan Florindo: piensa quedarse en la cama todo el dia? (*Llama.*)

Flor. ¿Quién llama? (*Desde dentro.*)

Bull. Yo llamo, maldito. Va á dar la una; levántate, perezoso... estarás soñando con Emilia, eh? Sal pronto, que quiero tirar el florete.

ESCENA II.

Dicho y Florindo.

Bull. Vamos, pronto, que tengo frio, y necesito hacer egercicio para entrar en calor.

Flor. Hombre, no has de tener frio si estás á la fresca! porque no te pones la casaca?

Bull. Tienes una que prestarme? la única que yo tengo está en casa del sastre, camino de Compostela.

Flor. Y la única que yo tengo, la tengo puesta.

Bull. Que vergüenza! el sobrino de D. Bernardo Bolcan y su futuro yerno bacer semejante confesion! vamos, que los tios son los entes mas estravagantes del mundo.

Flor. Calla, Bullosa, no hables mal de mi tio, pues él no tiene la culpa que yo sea un calavera, ó por mejor decir, que me deje llevar por los consejos de un...

Bull. Ese soy yo... Bueno, no importa... ya veo que tú nunca valdrás nada.

Flor. Seis mil reales en menos de un mes?.. hallas tú muchos militares en España que hagan otro tanto?

Bull. Gastado seis mil reales! No hay tal cosa. No hemos gastado ni un cuarto, pues lo debemos todo.

Flor. Y los seis mil reales?

Bull. No los hemos gastado.

Flor. Como que no?

Bull. Porque los perdimos.

Flor. Bah..!

Bull. No hay bah! que valga: que el gastar el dinero y el perderlo son dos cosas muy diversas, y sino preguntáselo á los inteligentes; pero aqui viene nuestro asistente Santos.

ESCENA III.

Dichos y Santos.

Bull. Y bien ¿donde está mi casaca?

Sant. En casa del maestro.

Bull. Maldito, pues no te dije que no te vinieras sin élla?

Sont. Ya; pero el maestro Tigereta pensó de otro modo, y...

Bull. Y que? vamos.

Sant. Se ha quedado con la tal casaca, jurando por todos los santos del calendario, incluso yo, que no la soltará hasta que le pague lo que le debe.

Bull. Se habrá visto bruto igual! Florindo, sabes cuanto es lo que le debemos?

Flor. Unos mil reales.

Bull. Y por esa vagatela se atreve á insultar á unos caballeros como nosotros!

Flor. Merece que le corten las orejas.

Sant. Que dicra yo por ver á un sastre sin orejas!

Bull. Por vida de los demonios... (*patea.*)

Flor. Vamos, hombre, tén frescura.

Bull. Frescura? Digo, con el dia que hace, y sin casaca..? Por fuerza he de tenerla.

Flor. Quien sabe si este pequeño accidente tendrá tal vez sus ventajas!

Bull. Cuales?

Flor. Por lo menos te obligará á quedarte en casa, y podrás con esto recibir á nuestros ingleses.

Bull. Y ellos que recibirán? Mira, Florindo, lo que necesitamos ahora es un buen hombre que pague nuestras deudas, y ninguna persona mejor para el caso que tu tio D. Bernardo.

Flor. Ya... pero, porque me has obligado á cambiar de posada?

Bull. Por muchos motivos; pero principalmente para que ese bendito tio no nos siguiese los pasos.

Flor. Hombre, seguirnos los pasos desde Toledo?

Bull. Vaya, vaya; que no sé que hacer: tengo que ir al correo á ver si tengo carta de mi padre, y sin casaca como demonios he de hacerlo?

Flor. Yo tengo que ver al coronel esta mañana.

Bull. Yo tengo que ver á mi querida Luisa: ¡que fatalidad! Quiere decir que ambos tenemos que salir, y no tenemos mas que una casaca para los dos.

Flor. De veras te tengo compasion.

Bull. Te lo agradezco; pero mira, guárdate esa compasion, y en su lugar préstame la casaca por una hora.

Flor. Eso es imposible ¿qué dirá el coronel si le hago esperar?

Sant. Señores, yo lo compondré todo: en la antesala hay una bata de coco que servirá para uno de los dos.

Bull. Una bata de coco..! Hombre, esa te vendrá muy bien á ti, Florindo.

Flor. No, antes creo te estará á ti pintada.

Sant. Y que bien pintada! Unas florazas tiene

Flor. Presentarme en bata delante del coronel...?

Bull. Presentarme en bata delante de Luisa

Sant. Señores, lo que hay que considerar es á quien le puede gustar menos una bata de coco; á un coronel, ó á una dama?

Bull. Hombre, que ocurrencia tan feliz! ¿Sabes lo que hemos de hacer Florindo?

Flor. Qué?

Bull. Tirarémos el florete, y el que salga vencedor llevará en premio la casaca.

Flor. Disparate!

Bull. Santos, vete á buscar los floretes. (*Vase Santos.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos Santos.

Flor. Bueno, ya que te empeñas... Ademas yo te llevo tanta ventaja que no arriesgo nada.

Bull. Eso es...; pero quítate la casaca.

Flor. Porque?

Bull. No ves que yo estoy sin ella?

Flor. Que caprichos! Vamos, ya está quitada. (*Se quita la casaca y la pone sobre una silla.*)

ESCENA V.

Dichos, y Santos que trae los floretes y la bata, la que pone al lado de la casaca.

Bull. Ponte en defensa.

Flor. Ya estoy.

Sant. Ánimo, caballeros; he aqui el premio del vencedor, (*señalando la casaca*) y el consuelo del vencido. (*Señala la bata.*)

(*Tiran el florete.*)

ESCENA VI.

Dichos, y Rodriguez que sale apresurado.

Rod. Poco á poco, señores! ¿Qué demonios están Vds. haciendo?

Bull. Quitáos de ahí.

Rod. No quiero quitarme: ¿se habrá visto cosa igual? Les parece á Vds. que mi casa se ha hecho para que Vds. alboroten de este modo?

Flor. Dejadnos en paz.

Rod. Esto mas parece guerra que paz, señores; mis huéspedes se han quejado ya mil veces de Vds.

Bull. Y que tienen ellos que meterse en lo que nosotros hacemos?

Rod. Consideren Vds. que arriba vive D. Esdrújulo, el poeta, y abajo Dª Gertrudis, la gran lectora de novelas; con esta maldita bulla que Vds. hacen, ni el poeta puede tener inspiraciones, ni Dª Gertrudis prestar atencion á lo que lee: ademas Vds. me incomodan á mí, y no puedo ajustar mis cuentas. A mi me gustan caballeros que hacen menos ruido y pagan mas á menudo.

Flor. Con que no tiene V. inconveniente en ser interrumpido, cuando se trata de recibir dinero?

Rod. Hasta ahora no me han interrumpido Vds. con ese género de ruido...; pero dejemos esto á un lado, y vamos á lo que importa.

Flor. Diga V., amigo Rodriguez.

Rod. Tengo que pedir un favor al Sr. Teniente.

Bull. Concedido. ¿Cual es?

Rod. Que ceda su habitacion por algunos dias. Me han venido á mandar que prepare cuartos para un caballero que llegará hoy mismo con su hija, y teniendo toda la casa llena de gente... Si el Sr. teniente quisiera mudarse al cuarto de su amigo el capitan, y sufrir los dos está pequeña incomodidad...

Los dos. Si por cierto.

Bull. Es hermosa la hija del tal caballero?

Rod. Tiene esa fama.

Bull. Pues no hablemos mas sobre este asunto.

Rod. Si Vds. no hallan inconveniente, procederé á mudar el equipage de un cuarto á otro?

Bull. Se da V. demasiada molestia... Santos, ve á ayudar al Sr. Rodriguez.

ESCENA VII.

Florindo y Bullosa.

Flor. Que susto me dió el maldito! Pensé que venia á pedir dinero.

Bull. Ese chubasco pasó; con que prosigamos nuestro desafío.

Flor. Espera, espera, que aqui viene el vegete.

Bull. Que cara trae!

ESCENA VIII.

Dichos, y Rodriguez con una maleta, y Santos con un sombrero y espada.

Bull. Temo que se fatigue el Sr. Rodriguez.

Rod. No señor, su equipage de V. es muy ligero; tan ligero, como...

Flor. Como su cabeza.

Rod. Esto pasa de chanza; ajustemos cuentas, caballeros: supongo que Vds. no tendrán ningun género de dificultad en pagar la cuenta que tenemos pendiente?

Flor. Hombre, déjelo V. para esta tarde.

Bull. Sí; que ahora tenemos mucho que hacer.

Rod. Que! Si es negocio de un minuto... miren Vds., tengo la cuenta preparada. (*La enseña.*)

Flor. Que demonio de hombre! (*Aparte.*) En fin si V. se empeña....

Rod. Sí, que me empeño.

Flor. Corrientes. (*Ambos meten la mano en los bolsillos de los chalecos.*)

Bull. Es muy justo.

Flor. Cuanto es?

Rod. Quinientos trece reales, dos cuartos y tres maravedis.

Bull. Nada mas? Es V. un hombre muy concienzudo.

Rod. Siempre tuve esa fama.

Flor. Y justamente merecida: con que dice V. que la cuenta sube á...

Rod. A quinientos trece reales y...

Bull. Muy bien: lo quiere V. en oro ó en plata?

Rod. Me es igual.

Bull. Tambien á mí.

Flor. Sr. Rodriguez, ¿hasta el sábado incluso es la cuenta?

Rod. Si señor. El demonio me lleve (*aparte*) si se que sábado quiere decir.

Flor. Y supongo no habrá V. olvidado una gícara que rompí el otro dia en el almuerzo.

Rod. Oh! no señor, no se me olvidan nunca estas cosas.

Bull. Tiene V. una memoria muy feliz.

Rod. A la disposicion de Vds.; aqui está la cuenta como digo... y...

Flor. Oh, si! la cuenta... es preciso no olvidar la cuenta.

Rod. Quizás Vds. no tendrán tan buena memoria como yo, y por lo tanto me atrevo á ofrecerles un poco de la mia.

Flor. Gracias. Con que le debemos...?

Rod. Quinientos trece reales, dos cuartos y...

Flor. Muy bien, voy á pagar. No tengo un cuarto. (*aparte á Bullosa.*)

Bull. Poco á poco, capitan, á mi es á quien le toca pagar. No tengo un ochavo. (*aparte á Florindo.*)

Flor. Nada de eso, teniente... sobre que no lo he de permitir.

Bull. Pues, no faltaba otra cosa! Acuérdate, Florindo, que tú pagaste el mes pasado en la otra posada.

Flor. Rodriguez, no haga V. caso.

Rod. Bueno, á mí me es indiferente, con tal que reciba yo mi dinero....

Bull. Pues á mí no me es indiferente.

Rod. Vamos, no se enfade V. Sr. teniente, pues tomaré su dinero.

Flor. Yo digo que no le tomará V.

Rod. Sr. capitan, acepto el vuestro.

Bull. No lo sufriré de ningun modo.

Rod. Caballeros, los veo á Vds. tan empeñados en pagar, que temo quedarme al fin sin mi dinero.

Bull. Pero dígame V. Rodriguez ¿le parece á V. justo que el capitan pague siempre?

Rod. No señor, no es justo, y por lo tanto prefiero que me pague...

Flor. Yo juro que el teniente no os pagará.

Bull. Y yo juro que el capitan no os pagará.

Rod. Vírgen Santísima! Esta si que es otra! El teniente jura que el capitan no pagará, y el capitan jura otro tanto del teniente: pues entonces ¿quien diablos me ha de pagar?

Bull. Yo, yo; con que no hablemos mas.

Flor. Sr. teniente, esta terquedad es en sumo grado rídicula.

Bull. Sr. capitan, sed un poco mas comedido en vuestras espresiones.

Flor. Mis espresiones son las que deben ser.

Bull. Y yo me mantengo que no: este em-

peño que V. muestra en querer pagar es bastante para dar sospechas de que no tengo medios para satisfacer mis deudas.

Flor. Teniente, esa insinuacion es indigna de un amigo.

Bull. Capitan, V. no merece un amigo como yo.

Rod. Vírgen Santísima! ¿quien me pagará ahora?

Flor. Santos, ves á buscar nuestras espadas.

Bull. Le iba á decir lo mismo.

Rod. Pero, señores...

Flor. Sosieguese V., Rodriguez; este es negocio de un minuto.

Bull. Sí, y el que quede vivo pagará la cuenta; Santos, vete por las espadas.

Rod. No vayas, Santos, que ya he encontrado un medio para que ambos queden satisfechos.

Flor. Y ese medio cual es?

Rod. Que cada uno de Vds. pague la mitad.

Flor. La mitad? no me conformo: (*Santos ha ido por las espadas y las saca*) ó lo he de pagar todo, ó nada.

Bull. Yo digo otro tanto; ó nada, ó todo.

Rod. Ó todo, ó nada? Pues señor, me inclino á creer que será nada, despues de todo.

Bull. Rodriguez, apartáos un poco y dejad el campo libre.

Rod. Señores, por la Vírgen Santísima, consideren Vds. lo que van á hacer: ó desistan Vds. de este empeño, ó á lo menos ya que están resueltos á romperse las ca-

bezas, elijan Vds. otro sitio para terminar el duelo...

Bull. Sr. Rodriguez, no se asuste V: conozco las consecuencias de todo esto... y en mi lugar sé lo que un hombre debe hacer.

(*Pónese la casaca de D. Florindo.*)

Flor. Hombre, que demonios intentas? (*Aparte á Bullosa.*)

Bull. Calla, tonto, no hagas entender (*aparte*) á Rodriguez que no tenemos mas que una casaca para los dos.

Rod. Ahora se dan la cita; se van á matar, (*aparte*) y mi cuenta la pagarán en el otro mundo.

Bull. Capitan, nos verémos. (*Poniéndose la espada y el sombrero.*)

Flor. Siempre estoy pronto.

Bull. En cuanto á V., Rodriguez, sepa que le estimo; pero si en mi ausencia se atreve á recibir dinero del capitan, le corto á V. las orejas. (*Vase.*)

Flor. Yo tambien le estimo; pero si llego á saber que toma V. un cuarto del teniente, le paso de parte á parte. (*vase.*)

Sant. Rodriguez, yo tambien os estimo; pero si por culpa vuestra le sucede una desgracia á alguno de mis dos oficiales, le doy á V. la paliza mas reverenda que habrá llevado en su vida. (*vase.*)

ESCENA IX.

Rodriguez solo.

Pues, señor, sea enhorabuena; el uno me corta las orejas, el otro me pasará de parte á parte, y hasta el pillo del asistente me ofrece una paliza. He aqui un nuevo método de ajustar cuentas. Que me vea libre de estos calaveras de oficiales; y si jamás vuelve á entrar uno de su especie en mi casa, que me pasen y me repasen de parte á parte, me corten ambas orejas, y me den mas palizas que las que llevó D. Quijote de la Mancha.

ESCENA X.

Dicho, D. Bernardo Bolcán, Emilia, y la criada.

Bern. Ola! es V. el posadero?

Rod. Para servir á V.

Bern. ¿No le han dicho á V. que preparase habitacion para D. Bernardo de Bolcan y su hija?

Rod. Si señor, y espero estarán Vs. contentos con el cuarto, pues aunque lo diga yo, que no debo decirlo, un cuarto mas aseado... mas claro, ni mas barato, no le encontrarán Vs. en Madrid.

Bern. Su casa de V. parece muy sosegada, y no dudo que quedaré satisfecho.

Rod. Agradezco esa buena oponion.

Bern. Supongo no habrá ningun jóven alborotador entre vuestros huéspedes?

Rod. ¡Oh! No señor, ninguno. (*Aparte.*) Espero no dén con los malditos militares.

Bern. Pues si pesco alguno de esos impertinentes y holgazanes pisaverdes, que abundan en todas partes, haciendo cocos á mi hija; por vida de mi abuela, que le he de quitar las ganas de repetir la gracia.

Rod. Pierda V. cuidado, que no llegará ese caso: esta es la habitacion de V.; dispense el que me vaya, pues los que haceres....

Bern. Vaya V. con Dios. (*vase Rod.*)

ESCENA XI.

Dichos, menos Rodriguez.

Bern. Ya estamos en Madrid; Emilia, espero que te guste.

Emil. No puede ménos de gustarme, pues dicen que es el centro del lujo, de las modas y de los placeres.

Bern. Que es todo lo que interesa á una muger.

Emil. No nos haga V. tan poco favor: las mugeres son capaces....

Bern. De todo lo que se nos pone á nosotros en la cabeza.

Emil. Pero supuesto que solo venimos á Madrid por unos cuantos dias, ¿no preveo cual haya sido el objeto de este viage?

Bern. ¿No puedes acertarlo?

Emil. No señor.

Bern. ¿Pues porque bajas los ojos? Vamos, no seas embustera.

Emil. ¿Embustera, papá?

Bern. En fin, por lo menos sabes que tengo que ir á ocupar un destino en la Habana, donde permaneceré algunos años.

Emil. Eso ya lo sé.

Bern. Tambien puedes imaginar que no quiero hacerte sufrir las incomodidades y los peligros de tan larga navegacion. Esto supuesto, necesito una persona que ocupe mi lugar durante mi ausencia, y ninguno seguramente hará mis veces mejor que un buen marido.

Emil. ¡Marido! ¡Jesus! ¿Que dice V., papá?

Bern. No seas embustera: si sé que lo deseas.

Emil. ¡Que lo deseo!

Bern. O dejarias de ser muger.

Emil. ¡Pero, tan pronto! ¿Ha de ser tan pronto?

Bern. Si pudiera ser hoy, mejor.

Emil. ¡Que precipitacion!

Bern. No tengo un momento que perder; pues pasado mañana debo salir para Cádiz, donde he de embarcarme: sin embargo ya que la idea de un marido te causa tanto horror, no pienses sea mi intencion obligarte á que te cases.

Emil. ¿Y en tal caso que hará V.?

Bern. Ponerte bajo la tutela de tu tia D.ª Genoveva Euduvigis de Guzman Chinchilla de Vante, hasta mi vuelta.

Emil. ¡ Gracias, papá... pero!...

Bern. ¿Pero qué? ¿Tampoco te gusta eso? Por vida mia, que eres descontentadiza.

Emil. ¡Jesus! ¿Yo descontentadiza?

Bern. Si; ó dejáras de ser muger; pero vamos, escoge luego: entre un marido jóven y amable, y una tia vieja y regañona: entre tu primo el capitan Florindo, y tu tia Dª Genoveva Euduvigis de Guzman.

Emil. Pero si mi primo me ha tratado tan mal...!

Bern. ¿De veras? ¿Pues qué te ha hecho?

Emil. Es un ingrato; despues de tantas promesas las mas solemnes, despues de tantas protestas de amor...

Bern, ¿Te ha escrito que ha mudado de modo de pensar?

Emil. No señor, no es eso.

Bern. ¿Pues qué queja tienes contra él?

Emil. El no haberme escrito en dos meses... este olvido es horroroso, y no debe tener perdon.

Bern. Bagatelas; eso no prueba....

Emil. Si señor, prueba mucho; prueba que yo no he ocupado ni ocupo todos sus pensamientos, y por lo tanto debo olvidarle.

Bern. Eso es, tén orgullo, véngate, ó dejarás de ser muger.

Emil. Ademas mi primo no sirve para marido.

Bern. ¡ Qué diablura! Le haces un cargo muy sério.

Emil. Tiene muy poco juicio, es demasiado alegre y muy jóven.

Bern. Vaya unos inconvenientes raros; esta es la primera vez que oigo á una muchacha quejarse del poco juicio, la alegria y la juventud de su futuro esposo; pero en fin quedarás satisfecha, pues ahora mismo voy á buscarle á su posada, y le haré saber tu última resolucion.

Emi. Muy bien.

Bern. Le aconsejaré que se vuelva triste, taciturno y viejo, si quiere ser un buen marido.

Emil. Espere V.; yo quisiera verle.

Bern. ¿Verle, para qué?

Emil. Paraqué oyese la sentencia de mi propia boca.

Bern. Corriente: voy á traerle... aunque estoy seguro que esas bellas resoluciones se convertirán en humo, y que por fin perdonarás á tu amante.

Emil. No lo crea V.

Bern. Si, lo creo; lo perdonarás, ó dejáras de ser muger. (*vase.*)

ESCENA XII.

Emilia sola.

Creo que mi papá tiene razon; cosa fatal es que los hombres nos ofendan, y que nosotras seamos tan tontas, que admitimos sus disculpas, aunque estemos convencidas de que cuanto dicen es una pura mentira. Florindo me tiene muy enojada, y se lo daré

á entender: dos horas me ha de estar de rodillas, y no le he de dar la menor prueba de cariño, aunque yo tenga mas gana de hacer las paces que él.

ESCENA XIII.

Dicha, y Florindo.

Flor. ¡Una muger! Bendita sea...!

Emil. ¿Pero como no he de perdonar á Florindo...?

Flor. ¡Cielos! Es Emilia.

Emil. Si le quiero mas que á mi vida?

Flor. ¿De veras? tanto mejor.

Emil. ¡Jesus! El es, cambiemos de tono. (*Aparte.*)

Flor. ¡Querida Emilia! ¿Tú aquí? permite que....

Emil. Poco á poco, señor mio... no se acerque V. tanto... Este atrevimiento no me gusta.

Flor. ¿Atrevimiento?...

Emil. ¡Presentarse en mangas de camisa!

Flor. En efecto que soy un badulaque; pero mi inadvertencia es disculpable... Oí tus voces desde mi cuarto, é impaciente por echarme á tus pies, no reparé en mis vestidos... El verdadero amor no se ocupa de tales pequeñeces.

Emil. ¡Lo que miente! (*Aparte.*) Bueno; pues ahora hágame V. el favor de volverse por donde vino, pues esta familiaridad no me gusta.

Flor. ¿Emilia, estás loca? ¿qué significa esa frialdad y esa reserva?... ¿Con qué en el momento en que nos encontramos para unirnos...?

Emil. Para despedirnos.

Flor. ¿Qué dices?

Emil. Lo que siento.

Flor. ¿Pues á qué has venido á Madrid?

Emil. Mi padre se va á la Habana, y quiso verte antes de su viaje, y yo....

Flor. ¿Qué te quedas en Madrid?

Emil. Nada de eso... Voy á esperar la vuelta de mi padre en casa de mi tia Dª Genoveva Eduvigis Guzman y Chinchilla de Vante. Es cierto que padre habia pensado unirnos antes de su ida, pero despues ha pensado que seria una lástima privar á la sociedad de tan bello ornamento como tú.... y como yo soy del mismo modo de pensar....

Flor. ¿Tú te chanceas?

Emil. Ya lo verás... No soy muger á quien se ofende impunemente, y el hombre que aspire á mi mano no ha de ser el que deje pasar dos meses sin que....

Flor. Vamos, vamos, ya caigo... ¿Y por eso solo te resuelves á separarte, y romper para siempre los dulces lazos que deben unirnos?... ¡Ay Emilia! ¡permite que á tus pies consiga el perdon!... (*Se arrodilla tomándola una mano, y al mismo tiempo sale D. Bernardo.*)

ESCENA XIV.

Dichos y D. Bernardo.

Bern. ¡Que veo! ¡Estoy despierto! ¡un hombre en mangas de camisa á los pies de mi hija Emilia!

Emil. ¿Señor, que pronto está V. de vuelta?

Bern. Demasiado pronto á lo que veo. ¿Quien diablos es ese atrevido? Ola camarada, déjeme V. verle la cara, paraque juzgue si es tan mala como sus hechos... ¡mi sobrino!

Flor. ¡Amado tio!... (*corre á abrazarle.*)

Bern. ¡No te acerques, bribon, no te acerques, ténme un poco mas de respeto!

Flor. ¿Pero cual es mi delito?

Bern. ¿Te atreves á preguntarlo, cuando te hallo en..? Supongo que los jóvenes tienen á moda presentarse medio desnudos delante de las personas que deben respetar? ¡Santa Bárbara! ¿Donde irémos á parar si esta moda sigue?

Flor. Tiene V. razon... En mi impaciencia...

Bern. ¿Impaciencia? podias haber tenido un gorro de dormir, y... Vete de aquí, maldito.

Flor. Si señor.

Bern. ¿Dime antes, porque has mudado de posada?...

Flor. Por prudencia.

Bern. Eso se entiende.

Flor. Habia demasiada bulla en aquella casa, y luego las costumbres no eran del todo puras.

Bern. ¡Qué conducta tan ejemplar ¡ ¡Que embustero! (*Aparte.*)

Flor. Además el cuarto es sucio, la comida mala, y la asistencia peor: habia poco órden, y muchísima chinche. Conqué ya vé V., amado tio...

Bern. Razones poderosas... Conqué ahora vete á poner la casaca.

Flor. Si señor. ¡Qué apuros! El maldito (*aparte*) teniente no sabe que mala obra me hace.

Bern. ¿Y tú, Emilia, como pudiste hablar con este calavera en semejante estado?

Emil. Vino tan de repente.-.

Flor. Si señor, vine de repente.

Bern. Pues ahora, vete de repente.

Flor. Si señor. (*se vá y vuelve.*)

Bern. ¿Supongo, Emilia, que has olvidado todas tus resoluciones? ¿Bribon, que haces aquí? ¿Porqué no vas á ponerte la casaca? ¿No te he dicho que te la vayas á poner?....

Flor. Iba á hacerlo; pero como oí algo..... algo sobre de resoluciones....

Bern. ¿Quieres irte á poner la casaca...? ¿No te he dicho que te vayas á poner la casaca?

Flor. Ya voy... ya voy...

Bern. ¡Se habrá visto cosa igual! Emilia, vamos de aqui.

Emil. No sé que pensar de su estravagancia.

Bern. ¿Pensarás que es una cosa muy mona?

Emil. Una estravagancia!

Bern. Si, ó dejarias de ser muger.

Flor. Ah, ah, ah! (*riendo.*)

Bern. Ah, ah, ah! todavia estás ahí, chorlito? ¿No te he dicho que te vayas á poner la casaca? Vamos, Emilia. (*Vanse.*)

ESCENA XV.

Florindo solo.

¡Qué feliz soy! á punto de casarme con la muger mas amable del mundo.... Pero voy á vestirme. Por vida de... Ese maldito teniente no acaba de llegar... ¡Vaya que me ha puesto en un apuro!... Veamos si viene contento. (*Asómase á la ventana.*) Gracias á Dios que llega... y bien contento... Ya entra en casa; viva, viva!

ESCENA XVI.

Dicho y Bullosa.

Bull. Buenas noticias, Florindo.

Flor. Me alegro que hayas vuelto.

Bull. He visto á mi querida Luisa.

Flor. Y yo á mi amada Emilia.

Bull. He recibido carta de mi padre con una letra.

Flor. Y yo me voy á casar.

Bull. Dios te bendiga.
Flor. Todos nuestros apuros se pasaron.
Bull. Así sea.
Flor. Bueno: ahora vuélveme mi casaca.
Bull. En efecto que debo mucho á tu casaca; pero pienso aumentar la deuda antes que te la vuelva.
Flor. ¿Qué dices, hombre, estás borracho?
Bull. Tengo que ir á que me paguen la letra.
Flor. Déjalo para despues, vuélveme mi casaca.
Bull. Imposible, chico, imposible: conqué á Dios.
Flor. Espera, detente.
Bull. No puedo. Abur, abur. (*Se va corriendo: Florindo le sigue, luego se detiene*)
Flor. ¡Detente, detente! ¡Santos! ¡Santos! ¡deten al teniente Bullosa! ¡Santos! ¡Santos!

ESCENA XVII.

Dicho, y Rodriguez que sale asustado.

Rod. ¡Vírgen santísima! ¿Que há sucedido? ¿qué voces son estas!
Flor. ¿Dime, Santos, respóndeme, bribon; (*asiéndole del pescuezo*) ¿porqué no vienes cuando te llamo?
Rod. ¡Ay! ¡ay! ¡que me ahoga!...
Flor. ¿Es V. Rodriguez?
Rod. Si señor, yo soy, y por vida de mi abuela que tiene V. un buen modo de tratar á un hombre en su propia casa.

Flor. Vamos, me equivoqué: no se puede remediar.

Rod. Pues, hombre, podia V. haberme muerto por equivocacion....

Flor. Basta, basta.

Rod. Y sobra, digo yo... ya estoy harto de sufrir tanta impertinencia.

Flor. Calle V. con mil demonios.

Rod. No quiero callar: no señor, yo puedo hablar en mi casa y hablaré mas que cien bachilleres, treinta y ocho barberos y una muger que le dé la gana.

Flor. No he visto hombre que mas abra la boca. (*Se entra en su cuarto.*)

ESCENA XVIII.

Rodriguez solo.

Ni yo hombre que mas cierre la bolsa cuidado que esto no se puede aguantar; siempre he advertido que los huéspedes que pagan son los que dan menos que hacer; ¿pero quién viene aquí?

ESCENA XIX.

Dicho y Rígido.

Rod. ¿Que se ofrece?

Ríg. D. Bernardo Bolcan.

Rod. ¿Y qué?

Ríg. ¿Está?

Rod. ¿Quién?

Ríg. Ved.

Rod. ¿Qué?

Ríg. Id...

Rod. ¿Adonde?

Ríg. A él...

Rod. Diga V., sus palabras deben tener mucho valor; pues se muestra tan económico de ellas.

Ríg. Soy escribano.

Rod. ¡Vírgen santísima! ¡Escribano, y hablar tan poco!!!

Ríg. Decid á D. Bernardo que estoy aqui.

Rod. D. Bernardo, aquí está... (*A la puerta del cuarto de D. Bernardo.*)

Dentro D. Bern. ¿Quién?

Rod. No sé.

Ríg. ¿Os mofais?

Rod. No me mofo.

Ríg. Soy D. Rígido.

Rod. Mejor D. Conciso.

ESCENA XX.

Dichos, D. Bernardo y Emilia

Bern. D. Rígido, siento haberle hecho aguardar.

Ríg. No apologias.

Bern. Procederémos cuanto antes á firmar el contrato del casamiento.

Rod. ¡Casamiento! ¿Y quien será el novio!... (*Aparte.*)

Bern. ¿Pero donde está el novio?
Rod. ¡Eh! Eso es lo que yo estaba pensando.
Bern. ¿Rodriguez, donde está mi sobrino?
Rod. ¿Pues yo que sé?
Bern. ¿Vea V. si se halla en su cuarto?
Rod. Perdone V., D. Bernardo, no puedo dejar la casa en este momento.
Bern. ¿La casa? ¿Está V. borracho? ese es su cuarto.
Rod. ¡El capitan su sobrino! tanto mejor. (*Aparte.*) Con eso pagará el tio la cuenta. ¿Sr. capitan? ¿Sr. capitan?
Dent. Flor. Vaya V. con Barrabás.
Rod. Mil gracias.
Bern. ¡Florindo, Florindo! ¿hemos de estar aguardando todo el dia? Sal á firmar la escritura de casamiento.
Emil. Que bien parecerá con uniforme!

ESCENA XXI.

Dichos, Florindo confuso con la bata.

Flor. Aquí estoy, aquí estoy: firmemos.
Bern. ¡Estás loco? Dios me perdone!
Flor. Firmemos.
Bern. Vete de aquí, bribon. Vete con mil pipas.
Flor. ¿Pero, señor, de donde nace este enfado?
Bern. Puedes hacer semejante pregunta cuando te presentas de bata á...?
Flor. En efecto, soy un calavera... ya se ve el gozo... la impaciencia... la falta...

Bern. De juicio,

Flor. Y de casaca. (*Aparte.*) Pero váyase al diantre la bata. (*Se la quita y la arroja al fuego.*)

Bern. Bueno: pero supongo que no te vas á quedar en mangas de camisa?

Flor. Eso seria faltar al respeto: debo ponerme una casaca: (que apuro! (*Aparte.*) Maldito teniente!)

Bern. Vete á poner la casaca.

Flor. Eso es, una casaca... (*Confuso.*)

Bern. ¿Qué te detienes majadero? parece que tienes cien casacas, y que no sabes cual ponerte

Flor. Cierto, no se cual ponerme.

Bern. La primera que se ponga delante.

Flor. Sin duda alguna.

Bern. Vete, vete... ¿porqué no te vas?

Flor. ¡Que apuro! maldito teniente! (*Aparte.*)

Bern. Esto no se puede sufrir.

Flor Este Santos nunca está pronto para vestirme. ¿Santos? ¿Santos?

ESCENA XXII.

Dichos. y Santos en mangas de camisa.

Sant. ¿Que quiere V.?

Bern. Otra que bien bayla: están locos.

Íg. ¿Es cosa de máscara?

Bern. Vamos, esto no se debe tolerar.

Flor. Tiene V. razon, tio, no se puede tolerar. ¿Bribon, como osas presentarte en man-

gas de camisa delante de mi tio?

Bern. Pues, hombre, si tú mismo le dás el ejemplo.

Sant. El maestro Tigereta se ha quedado con mi casaca, y V. tiene la culpa. (*Aparte á Florindo.*)

Flor. Calla, bribon: no pienses disculparte, tu atrevimiento no admite disculpa alguna.

Bern. Bastante habeis hablado: con que idos á poner la casaca.

Flor. Si señor, la casaca.

Bern. Pues vete.

Flor. ¡Qué apuro! ¡Maldito teniente! (*Ap.*) Santos, tráeme la casaca. (*Alto.*)

Sant. La casaca... (*aturdido.*)

Flor. El diablo me lleve si sé lo que digo. (*Aparte.*)

ESCENA XXIII.

Dichos, el Sastre que trae la casaca de Florindo y Santos; este le vé, coge las casacas y entra en su cuarto con ellas; y se vá el Sastre, y sale Bullosa.

Bull. A tiempo llego para sacar á el pobre (*aparte*) de un apuro. ¿Caballeros, de qué se trata? ¿Pero qué veo? ¿mi amigo el capitan en mangas de camisa?

Bern. Ese es su trage de boda.

Bull. Nuevo método de cautivar á una muger.

Flor. ¡Pícaro! Ya me las pagarás. (*Aparte.*)

(*Sale Santos con las casacas.*)

Emil. Papá; ya el asistente está vestido.

Bern. Y es de esperar que el amo siga su ejemplo.

Sant. Mi capitan, cuando V. guste...

Bull. Tu casaca está en el cuarto. (*Flor. se vá corriendo.*)

Bern. ¿Qué diablos le ha dado ahora? le ha picado la tarántula?

Bull. Al fin habia de tener juicio.

Bern. Sino tiene juicio cuando se casa, no sé cuando le tendrá.

Rod. Señores, ya que se trata de bodas, justo es que tambien participe de la alegria general, y el mejor medio es pagarme mi cuenta.

Bern. Qué cuenta?

Rod. Quinentos trece reales, dos cuartos y tres maravedis.

Bern. Y como ha sido eso?

Rod. Comiendo.

Bern. Comiendo?

Rod. Y bebiendo; V. no podrá imaginarse que en mi casa se almuerza, come y cena de valde.

Bern. Ola, ola! buenas cosas se van descubriendo.

ESCENA XXIV.

Dichos, y Florindo con casaca.

Bull. Florindo, aqui está Rodriguez que pide su dinero.

Flor. El bribon ha jurado atormentarme. (*Aparte.*)

Bull. Ya sabes que nuestro trato ha sido que el que se casase primero habia de pagar la cuenta; conqué...

Bern. Sí, sí, paga al momento, ó no hay boda.

Flor. Nos verémos las caras. (*Aparte á Bullosa.*)

Bull. Yo no sé que inconveniente puede tener en pagar esa bagatela, cuando hay en su casaca mas de dos mil reales en oro.

Bern. Yo quisiera verlos.

Rod. Y yo tambien.

Bull. Registra tus faltriqueras, tonto. (*Ap.*)

Flor. Oh! Sí, me habia olvidado; pero era natural...

Rod. Oh! Sí; es muy natural olvidarse de pagar.

Flor. El amor absorvia todos mis pensamientos: ademas esta mañana ofrecí pagar á Rodriguez.

Rod. Es cierto.

Bern. De veras? Pues hizo V. muy mal en no aceptar la oferta.

Flor. Tome V., Rodriguez. (*Le da dinero.*)

Rod. No se incomode V., Sr. capitan, no corria priesa; cualquier dia será lo mismo.

Bern. Temo que Rodriguez no es tu único acreedor; pero de esto tratarémos otra vez. Ahora si es que Emila no prefiere su tia Dª Genoveva etc. etc. á un marido jóven y alegre...?

Emil. Papá, no hable V. de eso; las cosas están ya tan abanzadas, que por dar gusto á V...

Bern. No seas embustera: quieres hacerte la indiferente cuando estás rabiando por...

Emil. Jesus! Papá!

Bern. Disimula, disimula, ó dejarias de ser muger: así son todas, que por un necio capricho dan el premio á quien en realidad no lo merece. (*Los agarra de las manos y los une.*)

FIN DE LA PIEZA.